

LUIS CERNUDA: LA LUZ DE LA NIEBLA

MANUEL GAHETE JURADO
ACADÉMICO NUMERARIO

“L’homme poursuit noir sur blanc”, afirmaba Mallarmé, en la búsqueda del conocimiento inefable de sí mismo. En torno a este argumento, Andrés Sánchez Robayna reconstruye la tesis capital de la escritura, esa razón injustificable del poeta debatiéndose contra el mundo, buscando y buscándose —como todo hombre— en el rastro lumínico de una luz siempre negra¹. Georges Steiner incide en el hecho capital que mueve cualquier proceso de creación estética, toca la llaga y proclama que la subversión², provocada inconscientemente por el desaliento vital, es el origen de cualquier instante subliminal o fáctico que instaura en el lenguaje su universo; ese instante enigmático, formado por un cúmulo de instantes precedentes, nos lleva a un orden nuevo, a un metalenguaje siempre críptico, a una misteriosofía que cuestiona la virtualidad de lo presente por un más allá desconocido y lancinante que descabalga o concierne nuestras más entrañadas convicciones³. Tras el cuerpo físico trasparece con innegable violencia un émbolo cósmico que nos tunde, obligándonos a revisar ciertos dictámenes lastrados muchas veces por una cultura en crisis. La imagen de lo invisible no es sólo un daguerrotipo roto de la infancia, como no es una esquila gastada del discurso la potencialidad pungente de una presencia sustancialmente proactiva, genitora y proteica, la necesidad de Dios como experiencia generadora de la expresión artística⁴. Pero de igual manera que esta sustanciación de lo trascendente provoca una agitación anímica en el intelecto, se produce una situación contraria, tal vez sustentada en la negación, que nos advierte de otra realidad incuestionable; otra realidad mucho más palpable y terrible, el posicionamiento crítico del artista que compone su obra, arte, literatura o música, como una “contradecaración al mundo”⁵, que no le ha permitido vivir en libertad.

Luis Cernuda, como tantos otros, con sus virtuales y reales estados de ánimo, refleja en el devenir de su obra este desasimiento doloroso de las normas establecidas por una sociedad intransigente que, infatuada e hipócrita, preconiza como un apotegma la validez de unos dogmas, expresión o no de justicia, eticidad y respeto. Cernuda se enfrenta con dolor y denuedo a las teorías fosilizadas de una Sevilla que desprecia porque lo ha despedazado vitalmente. Su rebeldía es el resultado de una opresión externa, constrictiva,

¹ Andrés Sánchez Robayna, *La luz negra*, Madrid, Júcar, 1985, 11.

² Cf. Georges Steiner, *Presencias reales*, Barcelona, Destino, 1992, 23.

³ Cf. Andrés Sánchez Robayna, *La luz negra...*, 59-60.

⁴ Cf. Georges Steiner, *Presencias reales...*, 13-14.

⁵ *Ibidem*, 23.

asfixiante que termina sumiéndolo en la anarquía y el ateísmo⁶. La incompreensión lo vuelve hurano, nihilista, oscuro; pero no lo deshumaniza. Muy al contrario, este rechazo vívido fluye como un incesante canto de amor al hombre, un amor conculcado, oprimido, triste casi siempre, donde se devana la amargura de la intolerancia, el estigma de la marginación, el insufrible contraste entre la realidad y el deseo. Pocos son los poemas religiosos de Luis Cernuda, aunque en muchos subyace una presencia trascendente cuyo consciente vacío nos remite al lúcido olvido de Dios⁷. *Donde habite el olvido*, titulará Cernuda su libro más personal, el monólogo de un desencuentro, el flash back imposible de un presencial olvido que lo sume en la muerte espiritual, en la muerte física; una especie de involución intelectual y humana, equiparable al ‘blanc infini’, la infinidad de pura luz blanca y de vaciedad significante, tangencial a la mística neoplatónica y la virtuosa ascesis del Cristianismo⁸. Basta el intenso poema ‘La visita de Dios’ para comprender el estado crítico de una teogonía demolida y demoleadora. Federico García Lorca, a quien conocería por primera vez en 1927, en el desarrollo de la celeberrima conmemoración del tricentenario de la muerte de Góngora en el Hotel París de Sevilla, lo definirá más tarde como el poeta del misterio, un misterio tenebroso sin esperanza de paraíso. El propio Cernuda le dedicará a su amigo uno de los poemas más reveladores del ansia divina, que no quiso llegar a reconocer pero reverbera esencial en su obra, como una fulgurante luz en la oscuridad de la niebla:

“Mas un inmenso afán oculto advierte
 Que su ignoto agujón tan sólo puede
 Aplacarse en nosotros con la muerte
 (...)
 Porque esta ansia divina, perdida aquí en la tierra,
 Tras de tanto dolor y alejamiento,
 Con su propia grandeza nos advierte
 De alguna mente creadora, inmensa,
 Que concibe al poeta cual lengua de su gloria
 Y luego le consuela a través de la muerte”⁹.

Cernuda afirma en estos versos lo que ya señalara refiriéndose a Jorge Guillén, la existencia de un orden autosuficiente que conforma el universo del poeta; la virtualidad de una efusión platónica que desde Dios, “mente creadora inmensa”, alcanza al hombre impregnándolo de ese ansia divina, perdida aquí en la tierra, cuyos ecos retomaría Juan Bernier como enseña de vida; ecos que debían proceder del conspicuo Antonio Machado avisando sobre esa peligrosa facultad de ‘comprender’ del poeta en poesía que escorza peligrosamente hacia el atavismo, olvidando quizás la adecuación armónica del poeta con su presente¹⁰. Cernuda, ser errabundo que busca, encuentra en los territorios de la poesía un mundo aparte, particular, secreto, pero este subterfugio no lo liberará de su

⁶ Cernuda vivió una época de extrema intolerancia hacia la homosexualidad que él nunca ocultó. De aquí su sentimiento de frustración y su denuncia de una sociedad artificial e hipócrita, apoyada en valores equívocos, que le negaba la libre expresión de su deseo. A partir de 1930, publica una serie de artículos en la revista revolucionaria *Octubre* donde proclama su adhesión al comunismo.

⁷ Georges Steiner, *Presencias reales...*, 277.

⁸ *Ibidem*, 269.

⁹ Luis Cernuda, “A un poeta muerto” (F. G. L.)

¹⁰ Cf. Andrés Sánchez Robayna, *La luz negra...*, 60.

postración, de su soledad, de ese aislamiento no sólo físico sino espiritual del resto de los seres humanos que nunca lo abandonaría y lo llevaría, en nomológica consecuencia, al distanciamiento de Dios; ese huésped oscuro de los sueños en quienes tantos poetas se han refugiado¹¹, de quienes tantos poetas se separan sufriendo el duelo sin esperanza del paraíso.

“Pasada se halla ahora la mitad de mi vida
 (...)
 También quiero esperar en esta hora confusa
 (...)

 el desaliento,
 Como huésped oscuro de mis sueños.
 ¿Puedo esperar acaso? Todo se ha dado al hombre
 (...)

 esta ansia suya que reclama
 una pausa de amor entre la fuga de las cosas”.

También sería el desarraigo el que lo llevaría más tarde a la búsqueda de un estilo personal, alejado de las modas a la usanza y de sus iniciales cánones, aunque nunca pudiera desasirse de ellos: el clasicismo áureo de Garcilaso y Manrique; el romanticismo reluciente de Keats, de Hölderling, de su paisano Bécquer; la introspección anímica de Coleridge, Eliot y Unamuno; la poesía pura acrisolada en el fecundo cauce de Juan Ramón Jiménez; el surrealismo bretoniano recibido epidérmicamente de Vicente Aleixandre. Rechazará los ritmos muy marcados, la rima programática y el hermético lenguaje metafórico, para irse sumiendo en un lenguaje de profunda abstracción egotista donde ni Dios ni el hombre cabían, aunque esta perturbadora filosofía de la soledad acabara arrastrándolo al más desolador ostracismo¹². Cuando Descartes recurre a la imprescindible probabilidad de Dios pretende, en último extremo, escapar al horrible destino del hombre, a llenar el hueco de su fatídica soledad¹³. Pero si Dios se ha demolido en la ruina de una sociedad mutiladora, deja al hombre hundido en la más nefanda postración espiritual, y no le queda al poeta más que el engaño de la autoevasión, lo que los románticos sintieron como la fusión de la naturaleza y el alma. “Llebadme con vosotras”, exclamaba Bécquer en el éxtasis de la desesperación. Cernuda, poeta temporal, sólo la existencia humana es su reino¹⁴, será ahora el moderno referente de Wallace Stevens cuando afirma que “después de abandonar la creencia de Dios, la poesía es la esencia que ocupa su lugar como redención de la vida¹⁵, fundiendo en esta deconstrucción, como el romántico Schlegel, poesía y religión en un mismo idioma¹⁶; espíritu y creación, “en esta tierra donde los poetas ocupan el lugar de los filósofos”¹⁷. Sólo gracias a la escritura, el poeta encuentra un lugar habitable; y en la poesía, y en la palabra reinicia

¹¹ “Me habitas en el alma (...) Turbio/ crisol donde refleja clara/ luz mi dolor abierto en río” (Manuel Gahete, “Huésped”, en *Mapa físico*, Sevilla, Ángaro, 2002, 59)

¹² *Vid.* Juan Antonio González Romano, “Biografía de Luis Cernuda”, disponible en <http://www.los-poetas.com/b/biocern.htm>, acceso 22/11/02, página de 1 a 2; y Jesús Jiménez Reinaldo, “Cernuda en tu memoria”, disponible en <http://w1.875.telia.com/-u87515926/cultur76.htm>, acceso 26/11/02, página de 1 a 3.

¹³ Georges Steiner, *Presencias reales...*, 170.

¹⁴ Pedro Granados, “Fanopoeia y logopoeia en Guillén y Cernuda”, disponible en <http://www.secrel.com.br/jpoesia/bh9cernuda.htm>, acceso 26/11/02, página de 1 a 4.

¹⁵ Georges Steiner, *Presencias reales...*, 276.

¹⁶ “Mitología y poesía son ambas una unidad indivisible”; “Quien tiene religión, hablará como poeta”, en Friedrich Schlegel, *Poesía y filosofía*, Madrid, Alianza, 1994, 119 y 155.

¹⁷ Jesús Jiménez Reinaldo, “Cernuda en tu memoria”, disponible en <http://w1.875.telia.com/-u87515926/cultur76.htm>, acceso 26/11/02, página de 1 a 3.

finalmente el tantálico reencuentro con Dios y con el hombre, ante la desesperanza de la existencia de otro mundo que pueda redimir su fracaso vital y humano y le sirva de consuelo¹⁸; el hombre y Dios, los dos, todos y uno al mismo tiempo, razón recíproca por cuya interacción sólo es posible que subsistan o perezcan ambos:

“Pero a ti, Dios, ¿con qué te aplacaremos?
Mi sed eras tú, tú fuiste mi amor perdido,
Mi casa rota, mi vida trabajada, y la casa y la vida
De tantos hombres como yo a la deriva.
En el naufragio de un país. Levantado de naipes,
Uno tras otro iban cayendo mis pobre paraísos.
Movié tu mano el aire que fuera derribándolos
Y tras ellos en el profundo abatimiento, en el hondo vacío,
Se alza al fin ante mí la nube que oculta tu presencia?

No golpees airado mi cuerpo con tu rayo;
Si el amor no eras tú, ¿quién lo será en este mundo?
Compadécete al fin, escucha este murmullo
Que ascendiendo llega como una ola
Al pie de tu divina indiferencia.
Mira las tristes piedras que llevamos
Ya sobre nuestros hombros para enterrar tus dones:
La hermosura, la verdad, la justicia, cuyo afán imposible
Tú solo eras capaz de infundir en nosotros.
Si ellas murieran hoy, de la memoria tú te borrarías
Como un sueño remoto de los hombres que fueron”¹⁹.

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ Luis Cernuda, “La visita de Dios”, en *Las nubes*, disponible en <http://es.geocities.com/posdatas/cernuda0209.html>, acceso 26/11/02, página de 1 a 3.